

LA FORMACIÓN MILITAR DE ANTONIO JOSÉ DE SUCRE Y SU INFLUENCIA EN LA CAMPAÑA DEL PERÚ

Fernando Falcón Veloz

Coronel EV (R), Doctor en Ciencias Políticas

Universidad Central de Venezuela

República Bolivariana de Venezuela

Resumen

El objeto central de esta contribución consistirá en presentar una descripción analítica del pensamiento estratégico de Antonio José de Sucre. Para ello se dividirá esta ponencia en tres partes. Una primera parte expondrá las tendencias y problemas prevalecientes en materia de estrategia y arte militar, en el período comprendido entre 1750 y 1815, lo que servirá para contextualizar la formación militar de Sucre. La segunda parte estará dedicada al análisis de la formación del pensamiento militar y la acción estratégica del gran mariscal de Ayacucho. Finalmente, se enunciarán las conclusiones correspondientes.

Palabras clave: Arte de la Guerra – Orden Oblicuo - Pensamiento estratégico – Rama militar técnica – Artillería - Oficiales Facultativos.

Abstract

The main objective of this contribution will be to present an analytical description of the strategic thought of Antonio José de Sucre. To this end, this presentation will be divided into three parts. The first part will depict the prevailing trends and problems in the field of strategy and military art, in the period between 1750 and 1815, which will serve to contextualize Sucre's military training. The second part will be dedicated to the analysis of the military thought's formation and the strategic action of the great marshal of Ayacucho. Finally, the corresponding conclusions will be stated.

Keywords: Art of War – Oblique Order – Strategic thinking – Technical military branch – Artillery – Facultative Officers.

Introducción

Quito. Provincia de Ecuador. Transcurren los primeros días de enero de 1829. En la soledad de su habitación, el general en jefe más joven de Colombia escribe a su excelencia, el libertador presidente, una frase que ha repetido muchas veces en los campamentos: "mis enemigos son para mí como una baraja marcada".

Consideremos las intenciones del héroe cumanés. El símil de la baraja con los adversarios en el difícil arte de la guerra evoca algo más que una metáfora. La acción lingüística del mariscal del Perú implica algunos presupuestos:

(i) Que la guerra como la baraja, ya sea el tresillo de la época o el muy anglosajón y contemporáneo póker, implica un juego de habilidades;

(ii) Que, en la guerra, tanto o más que en el juego, el azar tiene un papel preponderante;

(iii) Que el conocimiento de los palos de la baraja y la numeración, orden y disposición de las cartas en el juego, pueden asimilarse perfectamente a la guerra y sus circunstancias;

(iv) Que determinado número de barajas en posesión de un jugador, máxime si se conocen las cartas del adversario, implica, no sólo un valor nominal, sino también un valor psicológico (Castro, 1997).¹

En otras palabras, cada uno de tales presupuestos, y el conjunto de ellos, implican una concepción de la guerra subyacente. Todo ello en el interior de un inocente recurso literario. Se trata de una concepción de la guerra determinada por una formación, unas lecturas, unas experiencias de combate.

Tendencias y problemas: estrategia y arte militar (1750 - 1815)

Para 1810, fecha en que Antonio José de Sucre inicia su carrera militar, el arte de la guerra había cambiado mucho en el trayecto de los últimos cuarenta años.

¹ He concebido mi método gracias a la escuela de pensamiento creado por el doctor Luis Castro Leiva en el marco de sus investigaciones en el área de Historia de las Ideas.

Desde principios del siglo XVIII, el racionalismo y el método experimental habían comenzado a formar parte de los preceptos de conducción de la guerra. Raimondo Montecuccoli, en Austria, Vauban, Feuquieres y Puysegur en Francia, habían comenzado a establecer el hilo conductor entre las diversas razones de orden político que llevaban a los Estados a hacer la guerra y la forma de conducirla para lograr los objetivos del soberano absoluto (Feuquéries, 1749; Montecuccoli, 1988; Paret, 1989). La conexión entre el racionalismo y el método experimental con el arte de la guerra, desde principios del siglo XVIII resulta más que evidente. Montecuccoli reconocerá su deuda intelectual con Lipsius. Feuquieres y Puysegur harán lo propio con Descartes.

En consonancia con este tipo de pensamiento la teoría del arte de la guerra buscaba establecer principios generales de conducción del aparato bélico del Estado, y lo hacía con el fin de lograr su máxima efectividad en el campo de batalla. Se trataba de extractar de la experiencia, principios de validez universal aplicables para cada momento y condición. Esta forma de proceder daría lugar a dos grandes tipos de producción intelectual militar.

En primer lugar, harían su aparición estudios sobre campañas o batallas que se iniciaban con una narración de los hechos de armas y finalizaban con una serie de preceptos de acción, en forma de máximas, que constituían parte de la formación y cultura de los dirigentes de los ejércitos de la época (Stein, 1966). No existe en el campo de la historia intelectual militar, que sepamos nosotros, estudios que establezcan una relación entre la teoría de la máxima y la formación del pensamiento militar. Por lo general, tales preceptos o máximas se contrastaban con ejemplos extraídos de la antigüedad clásica. Esto se hacía con dos fines expresos: para facilitar la comprensión de los lectores a quienes iban dirigidas tales obras, cuya formación intelectual obligaba a la temprana lectura de los clásicos, y para demostrar la validez universal de tales preceptos.

Así, durante las primeras cinco décadas del siglo XVIII, proliferará en la literatura militar este género, ya bajo la forma de estudios sobre la antigüedad clásica, como en los casos de Feuquieres (Feuquéries, 1749), Puysegur (Puysegur, s.f), Bouchard de Bussy (Bussy, 1757) y el Caballero de Folard (Folard, 1724; 1727-1730) o bajo la forma de experiencias contemporáneas, personales, como es el caso de las obras de Raimondo Montecuccoli (Montecuccoli, 1808) y Saxe (Saxe, 1757), o basándose en experiencias ajenas, como sucedía con los estudios de Turpin de Crisee (Crisée, 1788; 1790).

El segundo tipo de producción intelectual militar que hará su aparición durante el período, se basaba en enseñanzas derivadas de los ya citados estudios, así como en las campañas de más reciente data. A partir de tales experiencias surgieron una serie de preceptos de obligatorio cumplimiento para los comandantes de unidades, en diferentes escalas y grados, los cuales se incorporaron de lleno al ordenamiento castrense de los diferentes ejércitos europeos. Esto puede observarse en los casos de los reglamentos tácticos de Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y las Ordenanzas Militares españolas promulgadas por Felipe V, en 1725, y posteriormente actualizadas por Carlos III en 1768 (Grases & Pérez, 1963).

Los acontecimientos bélicos de Europa entre 1748 y 1763, así como los resonantes éxitos obtenidos por el ejército prusiano al mando de Federico II, introducirían nuevos elementos de discusión en la teoría de la guerra. La interpretación de los éxitos militares del monarca prusiano, daría lugar a la aparición de tres nuevas tendencias del pensamiento bélico, todas ellas en concordancia con el nuevo movimiento de ideas que comenzaba entonces a dominar Europa y que fuese conocido genéricamente con el nombre de Ilustración.

La primera de ellas, enunciada por el mismo Federico II, dentro de los más estrictos cánones enciclopedistas, concebía a la guerra bajo el predominio analógico y metafórico de la idea de máquina. Las piezas mecánicas debían ser convenientemente engranadas y aceitadas para obtener los mejores resultados. La combinación de masa (concentración de hombres y fuego) y velocidad (marcha de las tropas) permitía la aplicación de las fuerzas sobre un punto dado, trayendo como consecuencia la ruptura del dispositivo enemigo. Tal concepción fisicalista² de la guerra, aunado a las consideraciones previas de Vauban y de otras enciclopedistas, dio lugar a una corriente militar que ubicaba a la guerra en el ámbito de las ciencias exactas (D'Alembert, 1983; Duffy, 1974; Luvaas, 1975; Napoleón, 1872). Los enciclopedistas, entre ellos el general Servan, ubicarán el arte de la guerra como una rama especializada de las ciencias exactas, junto a la física y la trigonometría (D'Alembert, 1983).

Así, el uso de las fortificaciones y la artillería, el desplazamiento mediante líneas de abastecimiento previamente calculadas y la exactitud matemática en el desplazamiento de las tropas, debían producir la eventual derrota del enemigo. Esta

² Utilizo la expresión "fisicalista", como aquella concepción de la guerra que, utilizando los argumentos de la mecánica racional equipara el funcionamiento del ejército al de una máquina. Debo esta expresión al doctor Luis Castro Leiva.

tendencia dio lugar al entretenimiento de oficiales especializados en estas ramas del conocimiento, las disciplinas que comenzarían a tener una preponderancia técnica en los ejércitos hasta la tercera década del siglo siguiente.

La segunda concepción teórica, se basaba, fundamentalmente, en las interpretaciones que el uso de Federico II había hecho de una técnica de combate extraída de la antigüedad clásica: el Orden Oblicuo.

Dicha técnica de maniobra, cuyos orígenes se encuentran en la táctica utilizada por los tebanos al mando de Epaminondas contra la falange espartana, en la batalla de Leuctra (353 a. C.), se apoyaban en el avance hacia el enemigo con un ala del dispositivo de combate adelantada y reforzada, renunciando así al ataque de toda la línea enemiga. Los felices resultados obtenidos por Federico, tanto en la Guerra de Sucesión Austriaca como en la Guerra de los Siete Años, generaron una fascinación en los teóricos militares de la época. Estos, creyendo ver en ello una resurrección de las tácticas de los antiguos, en vez de considerar el asunto como una adaptación al terreno en determinadas circunstancias, preconizaron su adopción como fórmula única para obtener la victoria.

De conformidad con esta tendencia, la eficiencia de combate de los ejércitos sólo podría obtenerse mediante la adopción de la táctica prusiana en los ejércitos y la vuelta a la enseñanza de los clásicos militares. Se pensaba que extrayendo lecciones de los antiguos se aseguraba el éxito en el arte de la guerra (Falcón, 1994, Folard, 1724; 1994; Lynch, 1990; Mesnil-Durand, 1775; Miranda, 1983). Abundará por estos tiempos la apertura de campos de maniobras en toda Europa. Así como el envío de oficiales de Prusia para observar los ejercicios bélicos de ese país.

Finalmente, la tercera concepción teórica, también interpretativa de las victorias de Federico, buscaba la explicación de las mismas añadiendo un elemento adicional a los anteriores.

En efecto, para esta tendencia, que surge paralelamente en Inglaterra y Francia, la explicación de las victorias de Federico residía en la consideración del elemento moral como clave para entender el fenómeno. Sin negar las dos tendencias precedentes, las cuales consideraban valederas, pero solo parciales, los exponentes de esta corriente creyeron que, en los factores morales, tales como el carácter, la virtud y la constitución de los mandos, ejércitos y hombres de armas, así como en los vicios, lujo y corrupción de los pueblos, se hallaba la disposición natural necesaria para el logro de las victorias y las derrotas de los ejércitos. Los

mayores exponentes de esta concepción “nacional” serían el inglés Henry Lloyd (Lloyd, 1766; 1813) y el teórico francés Jacques de Guibert (Guibert, 1770; 1772; 1778), quienes se convertirían así en referentes teóricos indispensables de la época (Charney, 1977).

Además del ya mencionado, esta tendencia teórica agregaba otro argumento: las formas de gobierno, tomadas de la clasificación dada por Montesquieu, influían determinantemente en las operaciones militares (Montesquieu, 1950). Se pensaba de estas formas de gobierno, que ellas conferían a los habitantes de determinado país virtudes y pasiones que dejaban su impronta en la constitución militar de ese Estado y en el desempeño de sus ejércitos.

Esta argumentación, que enlazaba la política, con la moral y la guerra, constituiría la primera manifestación teórica de un desarrollo del pensamiento militar que culminaría con la obra cumbre de Clausewitz (Clausewitz, 2000).

Entre 1775 y 1778 se producirían en el nuevo mundo los acontecimientos que condujeron a la independencia de los Estados Unidos de América. Desde el punto de vista “clásico” de la teoría política, la experiencia norteamericana desafiaba al paradigma político de Montesquieu. Para el Barón de la Brède, la seguridad de una república dependía directamente de su extensión. Es decir, las libertades públicas solo podían sobrevivir en las pequeñas repúblicas (Montesquieu, 1950). Para hacer frente a las amenazas que atentaban en contra de su existencia, existía el recurso de la confederación en otras repúblicas o la alianza con otros Estados que pudiesen garantizar su seguridad (García-Pelayo, 1993).

Los teóricos políticos yanquis, en especial, Hamilton, Madison y Jay, habían desafiado con fuerzas de tales argumentos recurriendo al expediente teórico del federalismo, el cual más allá de sus atractivos morales y teóricos, hablase revelado un medio de carácter militar muy eficaz (Hamilton y otros, 1992). La prontitud del auxilio y la eficaz coordinación de la ayuda militar entre los estados federales habían contribuido de manera determinante a las victorias de Yorktown y Saratoga.

Desde el punto de vista exclusivamente militar también se había producido otro acontecimiento extraordinario. Las milicias de ciudadanos libres, utilizando técnicas de cacería en vez del muy tecnificado arte militar de la época, le propinaron severas derrotas al ejército regular inglés. Tal hecho significaba la confirmación de la superioridad del ejército de ciudadanos sobre el ejército profesional; el triunfo del arte militar de la libertad sobre el arte militar de la monarquía y el despotismo

(Falcón, 2002). La discusión sobre el particular precedía en varios lustros la experiencia norteamericana. En Francia, Rousseau, Montesquieu y Diderot la habían planteado en sus obras. En Inglaterra, Ferguson y Adam Smith también habían abogado por esta solución.

Así, para 1792, año de inicio de las luchas de la Revolución Francesa en Europa, dos escuelas de pensamiento denominaban el panorama intelectual en el campo militar. Por una parte, la que expresaba el lenguaje político de la sociedad comercial: El ciudadano armado organizado en milicias, con el derecho de poseer armas para defender su libertad y, por otra parte, la que utilizaba el lenguaje del republicanismo cívico que abogaba por la creación de un ejército profesional formado por ciudadanos bien instruidos y educados en el Arte Militar, virtuosos y eficaces, como único medio para garantizar la libertad (Castro L. , 1998; Pocock, 1987).

Cuando, en 1792, el Comité de Salud Pública francés se vio amenazado por los ejércitos de la primera coalición europea, hubo pocas oportunidades para experimentar con doctrinas militares formales. Los ejércitos de la revolución, reclutados mediante el expediente de la "Levé en Masse", se vieron precisados a combinar el profesionalismo del antiguo régimen, basado en las reformas de 1775 y 1791, llevadas a cabo de conformidad con las teorías de Guibert y Bourcet (Bourcet, 1888)³, con el entusiasmo de la nación en armas. Mediante este expediente revolucionario, los mandos del nuevo ejército, con Lazare Carnot a la cabeza, introdujeron el concepto roussoniano de hombre natural en las filas del ejército con el fin de luchar mejor por la libertad. De esta forma, la combinación de tiradores emboscados, a la manera yanqui, y gruesas columnas de ataque a la bayoneta, a la manera tradicional francesa, se convertirían en la forma normal de luchar (Howard, 1983).

De conformidad con esa concepción, el Comité de Salud Pública adoptaría y repartiría como textos militares de carácter obligatorio para los generales de la república, dos obras que se constituirían a la postre, como la base teórica-militar del ejército revolucionario hasta el advenimiento del Consulado: El Essai General de Tactique de Guibert y las Mémoires Militaires de Henry Lloyd (Reinhard, 1950).

3 En dicha obra, y basándose en el concepto neoclásico de legión preconizado por Maurice de Saxe, Bourcet introducirá el concepto de división, concebida como una fracción (de allí su nombre) del ejército compuesta por todas las armas (infantería, caballería, tropas ligeras, artillería e ingeniería) con capacidad de abastecerse y combatir independientemente.

mayores exponentes de esta concepción “nacional” serían el inglés Henry Lloyd (Lloyd, 1766; 1813) y el teórico francés Jacques de Guibert (Guibert, 1770; 1772; 1778), quienes se convertirían así en referentes teóricos indispensables de la época (Charney, 1977).

Además de lo ya mencionado, esta tendencia teórica agregaba otro argumento: las formas de gobierno, tomadas de la clasificación dada por Montesquieu, influían determinantemente en las operaciones militares (Montesquieu, 1950). Se pensaba de estas formas de gobierno, que ellas conferían a los habitantes de determinado país virtudes y pasiones que dejaban su impronta en la constitución militar de ese Estado y en el desempeño de sus ejércitos.

Esta argumentación, que enlazaba la política, con la moral y la guerra, constituiría la primera manifestación teórica de un desarrollo del pensamiento militar que culminaría con la obra cumbre de Clausewitz (Clausewitz, 2000).

Entre 1775 y 1778 se producirían en el nuevo mundo los acontecimientos que condujeron a la independencia de los Estados Unidos de América. Desde el punto de vista “clásico” de la teoría política, la experiencia norteamericana desafiaba al paradigma político de Montesquieu. Para el Barón de la Brède, la seguridad de una república dependía directamente de su extensión. Es decir, las libertades públicas solo podían sobrevivir en las pequeñas repúblicas (Montesquieu, 1950). Para hacer frente a las amenazas que atentaban en contra de su existencia, existía el recurso de la confederación en otras repúblicas o la alianza con otros Estados que pudiesen garantizar su seguridad (García-Pelayo, 1993).

Los teóricos políticos yanquis, en especial, Hamilton, Madison y Jay, habían desafiado con fuerzas de tales argumentos recurriendo al expediente teórico del federalismo, el cual más allá de sus atractivos morales y teóricos, hablase revelado un medio de carácter militar muy eficaz (Hamilton y otros, 1992). La prontitud del auxilio y la eficaz coordinación de la ayuda militar entre los estados federales habían contribuido de manera determinante a las victorias de Yorktown y Saratoga.

Desde el punto de vista exclusivamente militar también se había producido otro acontecimiento extraordinario. Las milicias de ciudadanos libres, utilizando técnicas de cacería en vez del muy tecnificado arte militar de la época, le propinaron severas derrotas al ejército regular inglés. Tal hecho significaba la confirmación de la superioridad del ejército de ciudadanos sobre el ejército profesional; el triunfo del arte militar de la libertad sobre el arte militar de la monarquía y el despotismo

(Falcón, 2002). La discusión sobre el particular precedía en varios lustros la experiencia norteamericana. En Francia, Rousseau, Montesquieu y Diderot la habían planteado en sus obras. En Inglaterra, Ferguson y Adam Smith también habían abogado por esta solución.

Así, para 1792, año de inicio de las luchas de la Revolución Francesa en Europa, dos escuelas de pensamiento denominaban el panorama intelectual en el campo militar. Por una parte, la que expresaba el lenguaje político de la sociedad comercial: El ciudadano armado organizado en milicias, con el derecho de poseer armas para defender su libertad y, por otra parte, la que utilizaba el lenguaje del republicanismo cívico que abogaba por la creación de un ejército profesional formado por ciudadanos bien instruidos y educados en el Arte Militar, virtuosos y eficaces, como único medio para garantizar la libertad (Castro L. , 1998; Pocock, 1987).

Cuando, en 1792, el Comité de Salud Pública francés se vio amenazado por los ejércitos de la primera coalición europea, hubo pocas oportunidades para experimentar con doctrinas militares formales. Los ejércitos de la revolución, reclutados mediante el expediente de la "Levé en Masse", se vieron precisados a combinar el profesionalismo del antiguo régimen, basado en las reformas de 1775 y 1791, llevadas a cabo de conformidad con las teorías de Guibert y Bourcet (Bourcet, 1888)³, con el entusiasmo de la nación en armas. Mediante este expediente revolucionario, los mandos del nuevo ejército, con Lazare Carnot a la cabeza, introdujeron el concepto roussoniano de hombre natural en las filas del ejército con el fin de luchar mejor por la libertad. De esta forma, la combinación de tiradores emboscados, a la manera yanqui, y gruesas columnas de ataque a la bayoneta, a la manera tradicional francesa, se convertirían en la forma normal de luchar (Howard, 1983).

De conformidad con esa concepción, el Comité de Salud Pública adoptaría y repartiría como textos militares de carácter obligatorio para los generales de la república, dos obras que se constituirían a la postre, como la base teórica-militar del ejército revolucionario hasta el advenimiento del Consulado: El Essai General de Tactique de Guibert y las Mémoires Militaires de Henry Lloyd (Reinhard, 1950).

3 En dicha obra, y basándose en el concepto neoclásico de legión preconizado por Maurice de Saxe, Bourcet introducirá el concepto de división, concebida como una fracción (de allí su nombre) del ejército compuesta por todas las armas (infantería, caballería, tropas ligeras, artillería e ingeniería) con capacidad de abastecerse y combatir independientemente.

El resonante cúmulo de victorias francesas, entre 1792 y 1808, llamaron poderosamente la atención de los teóricos militares del periodo. ¿A qué se debían tales victorias? ¿Cómo explicar que el sistema militar de Federico II y sus variantes, predominantes hasta entonces en los campos de batalla de Europa, fuesen ignominiosamente derrotados? ¿Cómo entender que guerreros de prestigio como ya fueron los generales prusianos, y aún teóricos militares encumbrados como Mack y el Archiduque Carlos de Lorena (Karl, 1818) fueran apabullados y desconcertados por un humilde y desconocido militar ítalo-corso perteneciente, por añadidura, a una rama técnica del ejército?

Eran estas las preguntas de los que dominaban el ambiente intelectual militar de la época: como resultado comprensible esas interrogantes dieron lugar a una abundante cantidad de proyectos de explicación. Para algunos, la respuesta estribaba en el genio guerrero de Napoleón Bonaparte (Anónimo, 1804); para otros (Burke, 1806), el problema podía reducirse a una relación entre la teoría de la libertad y la conformación del ejército francés (Anónimo, 1805).

Finalmente, para la gran mayoría de los teóricos, la respuesta debía provenir de las fuentes intelectuales de la educación militar de Napoleón. Su manera de operar era la de Federico II; la instrucción y movilidad de su ejército eran las preconizadas por Guibert, y su léxico militar se basaba en el propuesto por Henry Lloyd. Las obras de Pierron (1900) y Liddell-Hart (1932) detallan la discusión en torno a este problema en dicha época. Además, una sólida formación matemática le permitió sobreponer la razón al dogma, el método a la rutina, y la ciencia al prejuicio. Allí, pues, era donde debían hallarse las explicaciones convenientes.

Este era el ambiente intelectual militar que serviría como marco contextual o telón de fondo a la formación del cadete de la Compañía de Húsares Nobles de Fernando VII, Antonio José de Sucre y Alcalá para comienzos de 1808.

Sabemos, por el primero y más famoso de sus biógrafos, que, en 1808, Antonio José de Sucre principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de Ingenieros (Bolívar, 1950). Sabemos también, que, para comienzos del siglo XIX, la ingeniería era una especialidad exclusiva del arte militar, si bien con algunas aplicaciones en materia de ornato y obras civiles. Destinado entonces Sucre a la carrera de las armas, bien por vocación o tradición familiar, el futuro héroe cumanés lo hará a través de una rama técnica del ejército, la de los llamados "Oficiales Facultativos", por este nombre se conocían en la época aquellos oficiales

que no ingresaban en los regimientos o batallones a servir como cadetes, sino que eran objeto de una comparativamente rigurosa formación académica en el área de la ingeniería y la artillería.

Más allá de la formación en álgebra, matemáticas, trigonometría plana y esférica, balística, elementos de artillería y la fortificación regular, irregular y de campaña, materias que, junto a la lectura y aprendizaje de las ordenanzas, constituían la base para quienes se iniciaban en el ramo de la ingeniería militar. Sobre los estudios en las academias para la formación de Ingenieros existe abundante bibliografía. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, para la época, academia significaba, tanto clases particulares en lugar ad hoc, como la moderna acepción que le relaciona con una Institución y su respectiva planta física (Diccionario de Autoridades, 1752; García Villasmil, 1971). Interesa saber aquí, cual fue el primer contacto del cadete Antonio José de Sucre con el pensamiento estratégico de la época (Romero, 1994; González, 1983).

Análisis de la formación del pensamiento militar y la acción estratégica del gran mariscal de Ayacucho.

Desde 1762 se habían escrito en Caracas textos militares para la enseñanza de la ingeniería. Algunos de ellos, resúmenes de las obras clásicas en boga para la época, otros, un poco más elaborados, extraían de tales obras preceptos básicos para la formación de los cadetes. Entre estos últimos se encuentran los textos de fortificación regular y de campaña, producidos por Nicolás de Castro hacia 1762 (Castro N, 1950). Dichos textos, que seguían el patrón didáctico para la formación de ingenieros de combate, contenían una muy actualizada información sobre el estado del arte en materia de ingeniería militar y la resolución de problemas tácticos en esa rama del arte de la guerra.

Frecuentes citas de Vauban (1737; 1771), Folard (1727-1730, Federico II, Santa Cruz (1984), Mauricio de Sajonia y Feuquieres (Earle, 1952), no sólo indican la actualización que dicho texto tenía, sino señalan también el contacto frecuente que la oficialidad de la época tenía con dichas obras militares. Así, el primer contacto de Antonio José de Sucre con el pensamiento estratégico del periodo es a través de la tradición clásica, tradición que perduraba aun a principios del siglo XIX, coexistiendo con la línea renovadora, representada por los ya citados escritos de Guibert, Lloyd y Carnot.

Por otra parte, la primera época de la vida militar de Sucre está

profundamente signada por su condición de oficial facultativo. De oficial de milicias regladas de infantería en julio de 1810, regresará al arma de ingenieros un año más tarde como comandante de ingenieros de la Isla de Margarita (Fundación Vicente Lecuna, 1973). De allí, comandante de artillería en Barcelona hasta la caída de la Primera República, y comandante de un batallón de zapadores (ingeniería de combate) al inicio de la Campaña Libertadora de Oriente en 1813 (Bencomo, 1981). Tales cargos, más allá de su importancia en la biografía del personaje, sugieren la adscripción de Sucre a la ejecución de tareas y lecturas propias de su formación de Ingeniero. De nuevo, los manuales preparados por Nicolás de Castro, Vauban, Federico II y, tal vez, el Tratado de Carnot sobre Defensa de Plazas (Carnot, 1810), serían las herramientas básicas para el desempeño de su oficio y las lecturas con las que pudo estar más familiarizado en esos años.

A partir de 1814 hasta 1819, la carrera militar de Sucre se desarrollará en el área de asesoría técnica, conocida genéricamente con el nombre de estado mayor. Ayudante del general Mariño y luego mayor general del general Bermúdez en 1814, En el Archivo de Sucre, (Fundación Vicente Lecuna, 1973, p. 542), se denomina a Sucre jefe de Estado Mayor de la División de Bermúdez, basados en los estudios de Vicente Lecuna. A nuestro juicio, dicha información es errónea. Hasta 1817 no existían jefes de estado mayor divisionario en el Ejército Republicano. Existía, basándose en la vieja organización española, la figura del mayor general, con funciones análogas a las del jefe de estado mayor. Dichos cargos fueron eliminados en octubre de 1817 al crearse el Estado Mayor General Libertador. Nombrado de nuevo mayor general por el general en jefe Mariño hacia 1817, con una breve pasantía como comandante del batallón Bajo Orinoco, especializado en defensa de fortalezas; gobernador de Plaza Fuerte en Guayana La Vieja y jefe de estado mayor de la División de Cumaná. Todos estos cargos familiarizarán a Sucre con la planificación y conducción de operaciones de combate. La impronta de los jefes bajo los cuales sirvió, el estilo táctico inglés de Mariño, el tradicional español de Bermúdez, y el neoclásico-revolucionario de Bolívar, aunado a la libertad de pensamiento de su genio, la capacidad de análisis de su profesión de ingeniero militar y los conocimientos técnicos de un oficial de estado mayor, le servirían de escuela a Sucre en el duro aprendizaje del comando de unidades. De esa época, familiarizó por ser ello un obligado recurso de su cultura, el conocimiento de las obras del barón de Thiebault, en especial el Manual de Ayudantes Generales, texto imprescindible para el desempeño de sus funciones (Thiebault, 1815).

Tal vez por este mismo tiempo, y debido a la influencia de Mariño y Bolívar, haya comenzado Sucre la lectura de las obras militares modernas como las de Lloyd

y Guibert, sin que podamos asegurarlo con certeza, aunque para 1822 tenemos evidencia de que ya las conocía bien.

La última etapa de la carrera de Sucre, el generalato, nos presenta un comandante divisionario primero y luego de ejército en operaciones. Para ese momento posee un profundo conocimiento teórico del arte militar, afiliándose a la tradición clásica de mediados del siglo XVIII, cuyos mayores exponentes serían Federico II y Mauricio de Sajonia. Poco se conoce de las lecturas militares de Sucre durante este período, pero algo es susceptible de reconstrucción si se recurre a los métodos de la Historia Intelectual. Me refiero, por supuesto, a la Escuela de la New History, que desde Cambridge y a través de los trabajos de Quentin Skinner (Tully, 1988), J. A. Pocock (1979) y John Dunn, preconiza la reconstrucción del contexto histórico en atención a la recuperación de las intenciones de los autores en el plano lingüístico (Rorty, 1989). En nuestro país esta Escuela, cuyos mayores representantes son los profesores Luis Castro Leiva (1991; 1995) y Diego B. Urbaneja (1978), ha logrado no pocos avances en la reconstrucción de época y planteado una nueva forma de historiar las ideas en Venezuela. En efecto, en enero de 1824, El Libertador, al ordenar ciertas disposiciones tácticas para la campaña del Perú, cita una frase de Guibert: "El secreto de la Táctica está en los pies".

Más tarde, en noviembre del mismo año, y en atención a particularidades similares, el problema de la velocidad en las marchas, Bolívar citará en su apoyo una frase de Mauricio de Saxe. ¿Qué significa esto para nuestro estudio? Significa, simplemente, que para que los escritos de Bolívar fueran perfectamente comprendidos por su receptor o destinatario, en este caso el general Sucre, éste debía conocer el contexto de la comunicación. En otras palabras, Bolívar no citaría dos autores reconocidos del arte militar si éstos no fueran conocidos, al menos con bastante profundidad, por Sucre, ya que de lo contrario dichas citas carecerían de objeto (Bolívar, 1983a). Pero hay más, en carta de Sucre para Bolívar del 24 de octubre de 1824, el futuro vencedor de Ayacucho describirá su posición citando exactamente uno de los principios de dispersión táctica enunciado por Federico II en su obra *Instructions Militaires de Frederic II pour Sous Generaux*. Aunque no cita la fuente, cosa corriente en el siglo XVIII y principios del XIX, la cita textual se corresponde con la intención lingüística de Sucre, esto es, la de indicar a Bolívar que se había ceñido estrictamente a principios del arte militar (Bolívar, 1983b). En relación con esta correspondencia, se ha sostenido hasta hoy la tesis de Vicente Lecuna en el sentido de haber enunciado Sucre dicho principio (textualmente) de la "Naturaleza de las Cosas", ya que sólo en 1828 adquiriría Sucre las obras de Federico II en Buenos Aires (Lecuna, 1983). El que Sucre hubiera adquirido esa

obra en esa fecha, no quiere decir que no haya estado profundamente familiarizado con ella, tal y como se ha demostrado en el desarrollo del presente trabajo. Por otra parte, (dado que desconocemos qué entendía por "Naturaleza de las Cosas" el doctor Lecuna), resulta muy difícil citar de memoria un texto que nunca se ha leído, aunque se trate de una figura como Sucre (Lecuna, 1983).

De estas consideraciones podemos extraer el conocimiento familiar que Antonio José de Sucre poseía del arte militar de mediados del siglo XVIII, concepción a la que se adscribirá tanto en el pensamiento como en la acción. Cuando se analiza la actuación militar de Sucre en el campo operacional se descubre el corpus de su formación intelectual militar de conformidad con las acciones estratégicas y tácticas realizadas.

Así, en la acción de Yaguachi (1821), el dominio del río por parte de Sucre, para establecer en su línea de comunicaciones nos remite a las Instructions de Federico II, donde el Rey de Prusia indica tal precepto, como base para el mantenimiento de las líneas de abastecimiento propias en ausencia de carreteras. El combate de Ambato, en ese mismo año, y la única derrota de Sucre como general, nos lo presenta con un uso de las fortificaciones de campaña a la manera de los clásicos del XVIII: Vauban y Feuquieres.

En 1822 se repetirá el esquema. La batalla de Pichincha es un ejemplo del adecuado uso de la columna de ataque y su despliegue en una batalla de encuentro a la manera de los grandes conductores de tropas del siglo de la Ilustración: Montecuccoli, Turenne y Puysegur. Pero será en la campaña de Pasto, el 5 de diciembre de 1822, donde podrá encontrarse el mayor reflejo de las enseñanzas del siglo XVIII en la manera de operar de Sucre (Pérez Tenreiro, 1989).

Situados los rebeldes de Pasto en las orillas del Guaitara, cortaron éstos los puentes y pasarelas del río y colocándose a la defensiva con el fin de evitar el paso de las tropas republicanas. Sucre ordena el avance de la caballería y los bagajes de la tropa, manda a tirar sobre el curso de agua puentes previamente contruidos y ordena el avance de la 2ª y 5ª compañías del batallón "Rifles" bajo el fuego enemigo. Esto fue realizado con celeridad y orden, ocupando en estas tropas los reductos enemigos que protegían los flancos de la posición. Detrás cruzó el resto del batallón con el tiempo suficiente para rechazar la fuerza enemiga que defendía la altura que domina el paso. Oigamos entonces a Feuquieres: "Todo el bagaje debe haber salido antes que el Ejército. La caballería debe preceder a la Infantería, la Primera Infantería que pase el río, debe apostarse en los reductos que han de proteger los flancos del avance del Ejército..." (Feuquières, p.111).

¡La enseñanza clásica militar francesa, del Siglo XVIII en el corazón de las montañas de Colombia!

La campaña de 1824 nos presenta la faceta más interesante de las guerras de Colombia, y permite dilucidar interrogantes sobre la forma de conducción militar del héroe de Ayacucho. No pretende este trabajo hacer análisis de campañas y batallas, sino reflejar la teoría militar en el pensamiento estratégico de Sucre. Existen excelentes obras descriptivas, al alcance de todo público, véase, por su seriedad y concreción las obras de Bulnes (1919), Dellepiane (1941), Lecuna (1983) y Rivas Vicuña (1948-1956).

En efecto, al margen de las consideraciones épicas de la gesta del sur, la campaña de Ayacucho presenta la contraposición entre el estilo de Sucre, propio de mediados del XVIII, como ya hemos dicho, con el estilo moderno, guibertiano y prenapoleónico de La Serna y Jerónimo Valdez, sus esforzados y muy militarmente capaces adversarios.

A la dispersión organizada, poder de fuego, disciplina táctica y velocidad de movimiento de las tropas españolas, el general Antonio José de Sucre opondrá reconocimientos previos con levantamientos cartográficos de la zona de operaciones, preubicación de depósitos de municiones y abastecimientos, uso de marchas y contramarchas y uso de la maniobra y el terreno para forzar al adversario a dar batalla en condiciones desfavorables.

En efecto, colocadas las tropas de la Serna en posición central (característica muy moderna para la época), éste decide emprender la ofensiva sobre las líneas de comunicaciones republicanas a fin de cortarlas e imponer a Sucre, mediante una maniobra sobre su retaguardia, una batalla en condiciones de inferioridad táctica y logística.

Sucre, de conformidad con su pensamiento estratégico, se decide por la espera, ocupa entonces posiciones sobre las dos orillas del Apurímac, y domina así el curso de agua. Emprende desde allí una serie de reconocimientos para conocer las rutas de avance del enemigo. Procede a un repliegue sobre el río Pachachaca, disponiendo su ejército en dispersión de vista (unos 5 kilómetros) y apoya una de sus alas sobre el río, maniobra clásica del siglo XVIII.

Las marchas y contramarchas de Sucre desconciertan a un rival que, imbuido de las teorías modernas de conducción militar, no sabe cómo hacerle frente a un

jefe que marcha con todas sus fuerzas reunidas, lo que le impide que le puedan ser tomadas a este sus líneas de comunicaciones.

Así, habiendo fracasado las intenciones de La Serna, éste intentará por todos los medios, llevar a Sucre a presentar batalla. El general republicano, utilizará una serie de fintas tácticas haciendo creer a los realistas que acepta el combate hasta que finalmente, escogiendo la pampa de la Quinua como terreno más favorable, ofrecerá batalla en Ayacucho, donde su "golpe de vista" táctico, el uso adecuado del terreno y el oportuno empleo de las reservas destruirán al mejor y más capacitado ejército que haya tenido la corona española en tierras americanas.

Conclusiones

Sucre, el menos "moderno" de los generales en jefe de la Independencia desde 1813, reúne una formación profesional muy completa con muy profundos conocimientos militares. Esa característica, existente también en Napoleón, quien, al igual que el héroe cumánés, procedía de una rama técnica, conferirá al vencedor de Ayacucho la libertad de pensamiento necesaria para adaptar su cultura estratégica propia del Siglo XVIII a las peculiaridades de la guerra en América y a la forma de operar de sus adversarios.

"Baraja Marcada", entonces, más que una metáfora estilística, señala en conocimiento profundo del sangriento juego de la guerra, de los hombres que la hacen y de sus circunstancias...

Sucre es ciertamente, el más eficiente conductor de tropas de la guerra de independencia y para muchos, el mejor general que haya producido América. Su gloria militar, quizás subestimada un poco por los sangrientos conflictos europeos posteriores, crece cada día, como las frases de Choquehuanca para otro gran general... como crece la sombra cuando el sol declina...

Referencias

- Anónimo. (1804). *Observations sur l'armée française de 1792 à 1808*. St. Petersburgo, Rusia
- Anónimo. (1805). *El sistema militar de Napoleón*. Madrid, España
- Bencomo, H. (1981). *Los grados militares del Libertador y del Gran Mariscal de Ayacucho*. Ministerio de la Defensa. Caracas, Venezuela

- Bolívar, S. (1983a). Correspondencia Bolívar-Sucre, Sucre-Bolívar (Tomo I, pp. 51, 90). Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
- Bolívar, S. (1983b). Correspondencia Bolívar-Sucre, Sucre-Bolívar (Tomo II, p. 27). Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
- Bolívar, S. (1950). Resumen sucinto de la vida del General Sucre. Archivo del Libertador Secc. O'Leary (Tomo I, Folios 1-9). Caracas, Venezuela
- Bourcet, J. (1888). Principes de la guerre de montagnes. Imprimerie Nationale.
- Bulnes, G. (1919). Bolívar en el Perú. Ed. América. Santiago, Chile
- Burke, W. (1806). The war in 1805. London, UK
- Bussy, B. d. (1757). Le milice des grecs et ses tactiques (Vols. 1-2). D'elien.
- Carnot, L. (1810). Defense des places fortes. Coursier. France
- Castro Leiva, L. (1991). De la patria boba a la teología política bolivariana. Editorial Monte Ávila. Caracas, Venezuela
- Castro Leiva, L. (1995). Intenciones y efectos de la acción lingüística en Video Fórum N° 9. Caracas, Venezuela
- Castro Leiva, L. (1997). Insinuaciones deshonestas. Editorial Monte Ávila. Caracas, Venezuela
- Castro Leiva, L. (1998). Las suertes de la virtud en la República. Fundación Manuel García Pelayo. Caracas, Venezuela
- Castro, N. (1950). Fortificación regular. Imprenta Nacional. Caracas, Venezuela
- Charney, J. (. (1977). Strategiques (Colección Classique). L'Herne.
- Clausewitz, K. (2000). De la guerra. Ministerio de Defensa Español. Madrid, España
- Commentaires a la Histoire de Polybe (Edición perteneciente a la Universidad de Caracas). (s,f). Biblioteca Nacional de Venezuela.
- Crisée, T. d. (1790). Commentaires à Las Mémoires de Montecuccoli. París.
- D'Alembert, J. (1983). Discurso preliminar de la enciclopedia. Orbis.
- Dellepiane, C. (1941). Historia militar del Perú. Buenos Aires.
- Diccionario de Autoridades. (1752). Madrid.
- Duffy, C. (1974). The army of Frederick the Great. Routledge, Keegan and Paul.
- Earle, E. (. (1952). Creadores de la estrategia moderna. Ediciones del Centro Militar de Uruguay.
- Falcón, F. (1994). La política militar de Carlos III y su impacto en el proceso de independencia de Venezuela. Revista Nuevo Mundo, USB , Jul-Dic.
- Falcón, F. (2006). El Cadete de los Valles de Aragua: Guerra y violencia política en el pensamiento de Simón Bolívar. UCV.
- Feuquéries, A. (1749). Mémoires sur la guerre. París.
- Folard, C. (1724). Nouvelles découvertes sur la guerre dans une dissertation de Polybe. París.
- Folard, C. (1727-1730). Histoire de Polybe... avec un commentaire. París.

- Fundación Vicente Lecuna. (1973). Archivo de Sucre (Tomo I, pp. 539-542). Banco de Venezuela.
- García Villasmil, M. (1971). Origen y evolución de la Escuela Militar de Venezuela. Caracas.
- García-Pelayo, M. (1993). Derecho constitucional comparado (Tomo I). Fundación García-Pelayo.
- González, R. (1983). Sucre. Edime.
- Grases, P., & Pérez, M. (1963). Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX (Tomo VIII). Presidencia de la República de Venezuela.
- Guibert, J. (1770). L'état actuel de la politique et la science militaire en Europe. Londres.
- Guibert, J. (1772). Essai général de tactique. París.
- Guibert, J. (1778). Defense du système de guerre moderne. París.
- Hamilton, A., Madison, J., & Jay, J. (1992). The Federalist (nº 5, 6, 8, 11, y 12). Fondo de Cultura Económica.
- Howard, M. (1983). La guerra en la historia europea. Fondo de Cultura Económica.
- Karl, A. d. (1818). Estrategia (Edición francesa).
- Lecuna, V. (1983). Bolívar y el arte militar. Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
- Lecuna, V. (1983). Crónica razonada de las guerras de Bolívar. Edición de la Presidencia de la República. Caracas, Venezuela
- Liddell-Hart, B. (1932). The ghost of Napoleón. Trinity College. UK
- Lloyd, H. (1766). History of the late war in Germany. Londres, UK
- Lloyd, H. (1813). Filosofía de la guerra (Traducción española de la segunda parte). Cádiz, España
- Luvaas, J. (1975). Frederick the Great. New York, USA
- Lynch, J. (1990). Historia de España (siglo XVIII). Crítica. Madrid, España
- Mesnil-Durand, D. (1775). Project d'un ordre francaise en tactique. París, Francia
- Miranda, F. (1983). Colombeia. Presidencia de la República.
- Montecuccoli, R. (1808). Opere complete. Ugo Foscolo.
- Montecuccoli, R. (1988). Aforismi dell'arte bellica (Ed. R. Luragui). Laterza.
- Montesquieu, C. (1950). L'esprit des lois. La Pléiade. France
- Napoleón. (1872). Precis de las guerres du Frederic. Hachette. France
- Paret, P. (1989). Makers of modern strategy. Oxford University Press. UK
- Pérez Tenreiro, T. (1989). Los generales en jefe de la independencia. Academia Nacional de la Historia.
- _____ (1991). Para elogio y memoria. Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela
- Pierron, J. (1900). Comment s'est formé le génie militaire de Napoleón. París.

- Pocock, J. G. (1979). *The state of art, in politics, virtue and commerce*. Cambridge University Press. UK
- Pocock, J. G. (1987). *The Machiavellian moment*. Princeton University Press. USA
- Reinhard, M. (1950). *Le Gran Carnot* (Vol. II, pp. 100-108). Presse Universitaire de France.
- Rivas, F. (1948-1956). *Las guerras de Bolívar*. Santiago de Chile, Chile
- Romero, S. (1994). *Sucre*. Ministerio de la Defensa. Caracas, Venezuela
- Rorty, R. (1989). *Philosophy and history*. Cambridge University Press, UK
- Santa Cruz, M. (1984). *Reflexiones militares* (Reedición). Comisión Española de Historia Militar.
- Saxe, M. (1757). *Mon reveries*. Zachry. Francia
- Stein, P. (1966). *Regulae iuris*. Edimburgo, Escocia
- Thiebault, B. (1815). *Manual de ayudantes generales*. Bogotá, Colombia
- Tully, R. (1988). *Quentin Skinner and his critics*. Cambridge University Press. UK
- Urbaneja, D. (1978). *Consideraciones metodológicas en la historia de las ideas políticas*. Politeia N° 5. Revista del Pensamiento Político. UCV. Caracas, Venezuela
- Vauban, S. d. (1737). *Traité de l'attaque et la défense des places suivi d'un traité de mines*. La Haya, Países Bajos

Fernando Falcón Veloz

- Arma de infantería. Oficial de Estado Mayor.
- Doctor en Ciencias Políticas.
- Miembro de las Academias de la Historia de los estados Carabobo y Zulia.
- Director de Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela y jefe del Departamento de Teoría Política de la Escuela de Estudios Políticos de la misma Universidad.
- Director del Proyecto Iberconceptos, capítulo Venezuela.
- Autor de 6 libros y 45 artículos en las áreas de Historia Intelectual, Historia de las Ideas e Historia Militar, entre los que destacan José Antonio Anzoátegui (1997), Manuel Carlos Piar (1998), ¿Qué es el terrorismo? (2003) El Cadete de los Valles de Aragua (2006), La Campaña Libertadora de 1816(2018), Machurucuto 1967(2022) y Materiales para el estudio de la toma de Puerto Cabello 1823(2023)